



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII

San Salvador, C. A., Abril de 1957

Número

114

ORIENTACION

“Dios, Dios, Dios”

“Que este nombre inefable, fuente de todo derecho, justicia y libertad, se oiga en los parlamentos y en las plazas, en las casas y en los talleres, en los labios de los intelectuales y de los trabajadores, en la prensa y en la radio. El nombre de Dios como sinónimo de paz y de libertad, sea la bandera de los hombres de buena voluntad, el vínculo de los pueblos y de las naciones, la señal por la que se reconozcan los hermanos y los colaboradores en la obra de la salvación común. Que Dios os saque del letargo, os aleje de toda complicidad con los tiranos y fautores de guerras, ilumine vuestra conciencia y robustezca vuestra voluntad en la obra de la reconstrucción”.

“Suene su nombre, sobre todo en los templos sagrados y en los corazones, como invocación suprema al Señor, a fin de que con su infinito poder ayude a llevar a cabo lo que a las débiles fuerzas humanas resulta tan difícil de conseguir”.

Con esta patética invocación del nombre divino cerraba Su Santidad Pío XII su angustioso llamamiento en favor de la paz el 10 de Noviembre del pasado año de 1956 a todos los pueblos del Oriente y Occidente miembros de la común familia humana.

Las brutales y horribles represiones del comunismo ruso en Hungría, a continuación de la intervención armada y sangrienta de Inglaterra y Francia contra Egipto, arrancaban del pecho del Padre Común de los hombres este grito de plegaria indicadora de quien debiera de estar presente en todas las actuaciones de la vida de los hombres y por no estarlo nunca el mundo logra ni logrará tener la ansiada paz. A la congoja por la iniquidad consumada por destruir al amado pueblo húngaro se añadía “la aflicción del ver disminuido el número de aquellos en cuya autoridad unión y buena voluntad parecía que se podía contar para restablecer progresivamente la concordia entre las naciones”, pues el mundo había asistido “a la repetición de una política que de diferente modo pone sus arbitrariedades y los intereses económicos por encima de las vidas humanas y los valores morales”.

"Pesa sobre la humanidad del siglo XX —dirá Su Santidad en el radiomensaje de Navidad— una flagrante contradicción que hiere nuestro orgullo. De una parte la esperanza confiada del hombre moderno de poder crear un mundo abundoso de bienes y de obras, libre de pobreza e incertidumbre. De otra parte la amarga realidad de largos años de luto y de ruínas con el consiguiente temor agravado en estos últimos meses de no poder echar el fundamento, tan siquiera, de un modesto principio de armonía duradera y de paz". Se alude a los sucesos de Hungría y al litigio sobre el Canal de Suez que en otra forma pueden surgir a cualquiera hora en cualquier parte. Lo vimos en la primera y en la segunda guerra mundiales. El estallido se produjo por donde menos se podía imaginar y por causas al parecer muy desproporcionadas para conflagraciones mundiales.

Ante esta situación de incertidumbre que en nuestros días abarca a todo el mundo, los hombres adoptamos alguna de las siguientes aptitudes. Los unos se atienen al carpe diem de los epicúreos. Viven al día procurando aprovecharse lo más posible de las oportunidades que se les van presentando, sin preocuparse demasiado por la marcha del mundo, mientras no incida con la suya cotidiana. Son la masa de la humanidad, objeto y no sujeto de gobierno, aun en las naciones más democráticas.

Otros son los pesimistas, desengañados y desesperanzados de que el mundo pueda tener algún arreglo. No se puede contar con ellos si pertenecen a la clase de los sistemáticos porque de antemano se cierran la puerta a posibles soluciones. Será mejor dejarlos entregados a sus continuas lamentaciones quién sabe si encubridoras de modos de vida tranquilos con los que se encuentran bien avenidos. Los pesimistas no sistemáticos, de no ser demasiado su pesimismo sino tal que les sirva de lastre bien equilibrado, pueden ser los prudentes que no dejen engañar de las prometedoras apariencias de los optimistas gratuitos y lleven las buenas intenciones de estos al cumplimiento deseado y una y otra vez malogrado.

"NI PESIMISMO SISTEMATICO NI OPTIMISMO GRATUITO". (S. S. Pio XII)

Son muchos los optimistas gratuitos, en realidad o sólo en apariencia ingenuos, que fiando en las facilidades creadas por el progreso en una dimensión universal creen eufóricamente poder traer la paz y el bienestar al mundo por sólo los medios de la técnica materialista o de una cultura meramente humana. Bastaría —dicen— para ello un poco de mutua comprensión y tolerancia, no llevar las cosas por los extremos, menos de fanatismo y más sentido práctico.

¿Y los resultados?

Están a la vista en la contradicción que pesa sobre el mundo, porque este modo de pensar no es sólo de ahora. Ya llevamos bajo su influjo por lo menos tres siglos desde que se hizo sensible en la vida social y política la ruptura de la cristianidad por la rebelión protestante y la consiguiente y gradual descristianización del mundo occidental.

En el mejor de los casos, es decir, en el de una aptitud psicológica ingenua y no larvada de militante laicismo de los tales optimistas, hay en su fondo una desmedida confianza en la bondad natural del hombre y una ausencia de apelación a los valores absolutos y a su último fundamento que es Dios. Aquí radica

la razón de los repetidos fracasos en su empeño de construir una sociedad feliz libre de temor, aun contando con otros elementos siempre en aumento que pudieran contribuir en segundo término a su felicidad. Optimismo más peligroso que el pesimismo porque nos engaña al fin de muchos esfuerzos con apariencias o realidades parciales de bien al principio.

Para los tales optimistas es un mito el pecado original por el que venimos debilitados para el bien y proclives al mal; el pecado personal se reduce a desajustes funcionales de las glándulas endócrinas; apenas si guardan su sentido verdadero y tradicional los conceptos de delito, culpa y pena como fundamentados en actos libres de la voluntad, con lo que viene a minarse en su raíz la moralidad privada y pública, una vez vaciados de todo valor positivo los conceptos de libre albedrío, conciencia y responsabilidad.

Fácil es de adivinar las consecuencias de tal modo de pensar para la educación familiar y escolar que casi queda reducida a un puro mecanismo y las dificultades con que necesariamente ha de tropezar un Estado de ciudadanos sin responsabilidad moral alguna o la de su espejismo que uno mismo se finje para sí en el hoy muchas veces invocado imperativo categórico de Kant. Siendo un puro engaño, se pretende fundar en él la tan invocada "autonomía" humana y la moral sin religión, común a la generalidad de los optimistas gratuitos, sean ingenuos o maliciosos.

LA MORAL SIN RELIGION. UN IMPERATIVO QUE SIN DIOS NO ES IMPERATIVO (1)

Haz el bien se nos dice, cumple tu deber.

Pero ¿en qué consiste el bien y mi deber? Y ¿por qué he de cumplirlo?

Kant nos responderá que se trata de una ley que la voluntad se impone a sí misma con el carácter de necesaria y universal, una ley que uno no la puede quebrantar sin tener el sentimiento de dejar de ser hombre, pero sin que se sepa por qué la voluntad se impone a sí misma esta ley. Es un precepto sin causa, un orden que no procede de nadie ni de nada, pero yo siento como un instinto irresistible.

Es decir que estamos ante la absurdidad de que los miembros guíen a la cabeza, la conciencia ciega guíe al entendimiento convertido en mero seguidor; el hombre al revés, porque esto ha hecho la filosofía kantiana: trastornar al hombre y hacerle andar al revés como la serpiente de la fábula, después de haberle quitado la confianza en la razón que según él no llega a lo real sino a través de formas innatas como a través de cristales colorados y deformadores.

Pero ¿por qué hemos de aceptar un sistema que si lo es tal ha sido construido con la razón, cuando a esta razón se la declara sospechosa? Si las leyes de mi razón son sospechosas, las de mi conciencia pueden serlo también y todo viene a hundirse en el caos.

Si se me quiere inductr a seguir ese imperativo por respetar en mí la humanidad, contestaré que la humanidad es una abstracción, una señora que no existe en ninguna parte de este mundo visible, que aquí abajo sólo existe un hombre

(1) Cf. A. D. Sertillanges. O. P.: Las fuentes de la creencia en Dios, p. 221 ss. Editorial Litúrgica Española, S. A. Barcelona, España.

y otro y otro, uno de los cuales soy yo. ¿Por qué me he de sacrificar por algo que no existe? ¿No será cometer la insigne tontería de soltar la presa por su sombra?

Y si se me replicase que el ideal de la humanidad es una verdad por ser la expresión del orden real de las cosas, tal como la naturaleza lo ha formado, preguntaré a mi vez donde está hecha realidad esa verdad, quién es el ordenador y el creador de esa naturaleza y así sí, por la naturaleza, el orden y la verdad de las cosas llegamos a Dios suma verdad, creador y ordenador que impone una conducta apoyada en el orden de las cosas o lo que es lo mismo impone la moral.

De Dios derivan las naturalezas que componen el mundo como las relaciones que los congregan, como las leyes que deben regirlas. En El es donde toda verdad tiene su fuente, en El se encuentra el ideal del hombre, su verdad y también su bien que no es sino su verdad práctica.

Decir que uno se obliga a sí mismo, no es decir absolutamente nada. Puedo preguntarme si estoy obligado a obligarme:

¿No? Entonces desaparece toda obligación verdadera.

¿Sí? ¿Y por qué?

Si este ideal del hombre no es sino una creación de mi mente, entonces depende de mí y no yo de él.

Si este ideal representa fuera de mí un orden puramente fortuito, entonces además de ser el azar o la casualidad algo imposible en un orden tan complicado, y siendo el azar nada y nadie, no veo por qué yo que soy algo debo sacrificarme por la nada.

Si por fin este ideal representa un orden de cosas necesario, un hecho, sin quererlo ligar a ninguna causa, entonces podré responder: Bien, que sea. Si me place lo podré aceptar; si no me place, lo desearé. ¿Pero sentirme obligado? Eso ni de lejos.

Para sentirme obligado es necesario enfrentarme a un orden bajo un superior con autoridad capaz de impedirme toda negativa. Y esto sólo se realiza cuando me encuentro con el orden en su fuente, en Dios.

DIOS: FUNDAMENTO DE TODO LO EXISTENTE

En cualquier dirección del pensamiento, al final de todas las preguntas se encuentra a Dios como principio, regla y fin de todas las cosas.

La actitud del hombre debe ser reconocer su dependencia de Dios, investigar su pensamiento a través de sus obras y aceptarlo sencillamente cuando él mismo nos lo revela y tratar de acomodarse a El en la práctica.

De este modo, siendo Dios la suma simplicidad en sumo equilibrio, no puede introducir contradicción ninguna en sus obras. Las contradicciones tienen su origen en el desordenado uso de nuestra libertad del que el más enorme y el más preñado de fatídicas consecuencias es la negación, si no siempre teórica al menos práctica, de quien es el primer principio de toda verdad y de todo bien: Dios.

Por eso se comprende el angustioso grito de Su Santidad, si el mundo ha de encontrar el camino de su verdadera paz y felicidad: ¡Dios, Dios, Dios!